

PROBLEMAS DE LA HISTORIOGRAFIA FILOSOFICA ARGENTINA*

por DIEGO F. PRÓ

La segunda vertiente de la problemagenia histórica es la de la historiografía. Son las dificultades que surgen o tienen su origen en la conceputación historiográfica.

1. *Gnoseología y ciencia histórica*

Las cuestiones y problemas que hemos presentado anteriormente se refieren a la historicidad de la vida humana, como raíz o fundamento de la emergencia de la realidad histórica, o bien a las dificultades que plantea el estudio y la naturaleza de esta misma realidad. Los problemas que vamos a considerar ahora son de índole gnoseológico y epistemológico.

Estas dificultades surgen de las diferencias que existen entre los acontecimientos históricos y los conocimientos historiográficos. Mientras los primeros se caracterizan por ser singulares, concretos, irreversibles, con significación y sentido axiológico, el saber de la ciencia histórica está formada por conceptos, juicios y raciocinios de índole general. Este deajuste no es propio de la ciencia histórica: ocurre también en las ciencias fácticas de la naturaleza.

En la ciencia histórica la dificultad se agudiza. En las ciencias de la naturaleza, si bien los hechos son singulares y concretos, el saber científico se interesa por los aspectos universales y necesarios, o bien comunes y generales de los mismos. En la historiografía pasa algo semejante, nada más que sus conocimientos no investigan las

* La primera parte de este trabajo se puede consultar en *Temas de filosofía contemporánea*, p. 151-171, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1971.

conexiones causales o legales entre los sucesos históricos. Como queda dicho, la verdadera ciencia histórica busca poner de manifiesto el origen de los acontecimientos, el paso de la posibilidad de los mismos a su efectiva realidad histórica. O si se prefiere: indaga las condiciones que han hecho posible los sucesos de un mundo histórico, de una época, una generación o una vida biográfica. El estudio de ese aspecto y de la actividad que lo hace concreto es de carácter universal. Las posibilidades son siempre generales, mientras que sus realizaciones, a partir de ciertas elecciones, son siempre determinadas y finitas. Se conjuga así el aspecto de la universalidad del conocimiento historiográfico con la singularidad de los sucesos del curso de la historia.

Hay que destacar, además, que los acontecimientos históricos manifiestan al historiador determinadas significaciones y valores axiológicos, que sólo tienen sentido dentro del mundo histórico, la época, la generación o la situación de que se trate. Esas significaciones permiten vincular los sucesos entre sí por su afinidad e influencias, relacionarlos por su interdependencia recíproca. En esta tarea intervienen conceptos, juicios y pensamientos de sentido axiológico. Pero estos pensamientos lógicos y axiológicos, presuponen la captación o comprensión pre-lógica del sentido del mundo histórico, la época o la situación histórica en cuestión. Sin esta comprensión previa los acontecimientos aparecen como caóticos y sueltos, sin sentido ni significación históricos. Son los a priori existenciales del conocimiento y la realidad histórica, según ha mostrado Heidegger. Para el hombre común que transita junto a un muro derruido o a un montón de piedras, son eso y nada más que eso. A los ojos del historiador emergen las significaciones de los mismos como huellas de un pasado remoto y de la coexistencia histórica de determinados hombres, con sus asuntos, su experiencia histórica, su situación y horizonte y su mundo, correlatos de sus vidas concretas.

2. SIMPLIFICACIÓN HISTORIOGRÁFICA

La ciencia histórica no presenta la realidad que estudia en toda su riqueza de contenidos. Procede a una simplificación de la realidad histórica. Podríamos comparar esta situación con la realidad de la onda y el dibujo de la onda.

La simplificación tiene, por cierto, un origen gnoseológico, pues como queda señalado, la realidad histórica está constituida por sucesos singulares y concretos, que importan a la historiografía en cuanto tienen significación y sentido histórico. Enlazar un caballo y su jinete puede ser simplemente un motivo de entretenimiento campero. Pero boleear el caballo del general Paz, y como consecuencia hacer de éste un prisionero de Rosas y deshacer la Liga del Norte, constituye un suceso histórico por su significación y trascendencia y repercusión históricas. No todo lo que realiza el hombre tiene significación histórica. Sólo pueden tenerla aquellas acciones que surgen de su historicidad y de su libertad. Sus hechos y movimientos naturales no tienen dimensión histórica. Pero entre sus acciones conscientes, libres y operantes tienen significación histórica las que contribuyen a cambiar una situación histórica, a hacer surgir nuevas realidades, que sean dignos de memoria, de las posibilidades dadas por el pasado. De modo que el historiador debe seleccionar los acontecimientos que nos hacen conocer el mundo histórico y la época en que han vivido determinados pueblos, generaciones y hombres.

Fuente de la simplificación historiográfica son los documentos. La realidad histórica es conocida a través de estos últimos. Los documentos son la última faz o manifestación de los sucesos históricos. El curso histórico y sus acontecimientos tienen una elaboración lenta, muchas veces larga, una gestación donde intervienen distintas fuerzas y poderes que no siempre quedan reflejados en los documentos. Los orígenes de muchos sucesos no siempre son claros; por lo general son oscuros, como si se hubiesen volatilizado. De estos orígenes oscuros e inciertos puede dar testimonio la memoria de los protagonistas y sus coetáneos, pero no siempre el historiador cuenta con tales testimonios, pues se necesita honestidad, conciencia insobornable y además buena memoria, que no siempre ofrecen los personajes o coetáneos de los sucesos.

Por otra parte, los documentos muchas veces dejan lagunas y el historiador que tiene que indagar el origen de los acontecimientos, se encuentra con enormes dificultades, casi siempre insuperables, y recurre a hipótesis y conjeturas. Todo lo cual engendra también simplificación en la interpretación de la realidad histórica.

3. LA HISTORIOGRAFÍA Y LA LOGICIDAD DE LA REALIDAD HISTÓRICA

Puede concebirse la historiografía como lógica de la realidad histórica, así como existe una lógica de la realidad física y de la realidad biológica. Esta lógica historiográfica, o si se prefiere, epistemología de la ciencia histórica, plantea problemas. Queda asentado que no se puede trasladar el aparejo conceptual de otros campos de la realidad al de la ciencia histórica. El romanticismo a fines del siglo XVIII y comienzos del siguiente, advirtió la insuficiencia de la interpretación mecanicista llevada al plano histórico. No se puede reducir la realidad histórica a fuerzas, mazas, movimiento, acciones y reacciones. En esta interpretación rige el principio de identidad causal, "Causa aequat effectum" decía Leibnitz. En la realidad histórica hay opuestos, lucha, novedad, contradicciones. Todo lo cual no cabe dentro de la visión de las ciencias fácticas de la naturaleza. Hegel trató de salvar esta dificultad con su lógica dialéctica, que admite los términos opuestos, y que a través de sucesivas afirmaciones y negaciones y negaciones de las negaciones explica el proceso histórico. El intento de Hegel, además de ser ultrametafísico como se ha indicado, escapa a la conceptualización de la ciencia histórica, y resulta excesivamente racionalista, aunque no de un racionalismo de la identidad causal. No es por azar que el pensamiento de Hegel da lugar con posterioridad a la filosofía teórico-práctica de Marx y a la concepción existencial de Kierkegaard.

En nuestro tiempo, la filosofía trata de elaborar una teoría de la realidad histórica, para decirlo en términos de Dilthey y de Ortega y Gasset. Heidegger con su idea del "Dasein", del ser ahí humano, de mundo y de temporalidad, de historicidad y de libertad, ha interpretado la emergencia de la realidad histórica a partir de la existencia humana y la formación de la realidad histórica misma gracias a una causalidad circular, esto es espiritual, en que el espíritu interviene con algunas categorías existenciales a priori, tales como la de mundo, situación histórica, horizonte, comprensión. El "Dasein" engendra la realidad histórica y a su vez la realidad histórica forma al "Dasein". Desde el punto de vista del curso histórico, no hay una continuidad lineal, sino sucesión de mundos históricos que van a la deriva. Américo Castro habla de moradas históricas para referirse a los mundos históricos de Heidegger, que se constituyen a partir del momento en que un pueblo se reconoce como tal.

En suma: las ciencias históricas tienen su propia lógica, como lo mostró Dilthey y más tarde Rickert, que por cierto es diferente de la lógica de las ciencias formales y de las ciencias fácticas de la naturaleza. La investigación de estos logros de la realidad histórica y de la ciencia histórica constituye en la actualidad el más acuciante problema de la filosofía de la historia.

4. AUSCULTACIÓN DE LAS FUERZAS HISTÓRICAS

La historiografía ausculta las fuerzas que engendran los sucesos históricos, a partir de las posibilidades heredadas del pasado. Las fuerzas o poderes que intervienen en la emergencia de la realidad histórica son de distinto sesgo: económicos, sociales, políticos, étnicos, militares, científicos, técnicos, morales, religiosos. El análisis precisa estas distintas facetas, pero en la realidad histórica estos poderes actúan en un entrevero y coalescencia de carácter sintético, que engendra los sucesos y acontecimientos históricos.

El historiador tiene que aumentar el rumor de los poderes y fuerzas históricas para poderlas captar. Para ello se vale de las ideas en que se expresan esas tendencias y energías. Las ideas constituyen la conciencia y autoconciencia del curso histórico. Son como la llama y la luz con relación al carbón que las alimenta. Las ideas son los audífonos o los radares con que cuenta el historiador para detectar las tendencias históricas.

En su labor el historiador tiene que proceder a captar, seleccionar y jerarquizar las fuerzas y poderes históricos que intervienen en los acontecimientos. Hay que proceder sin "parti pris". La selección tiene que ajustarse a la realidad histórica, concreta en cada suceso y acontecimiento. La intervención de estas fuerzas y energías no es la misma en todos los casos. Será siempre un mal camino historiográfico adelantarse a la realidad con enfoques preconcebidos acerca de la importancia originaria de las distintas facetas de la realidad histórica. Uno se inclinará por el economismo, el poder político, el religioso, el jurídico, el étnico o el que fuera. La verdad es que cada época estudiada, cada generación, cada acontecimiento, cada situación histórica manifestará las fuerzas y su jerarquización e importancia. Por cierto el historiador habrá de decir que lo primero es lo primero.

En la auscultación del curso histórico hay que precisar también las tendencias virtuales, o si se prefiere subterráneas, que actúan por

debajo de la superficie de la realidad histórica. Entre ellas están los poderes que se ocultan deliberadamente y borran sus huellas, como las fuerzas históricas exteriores a un pueblo o país, que suelen participar con la función de fuerzas o poderes catalizadores. Pensemos en el proceso histórico que preparó la independencia del Uruguay y la acción que le cupo a Inglaterra. Estos poderes foráneos muchas veces deciden el horizonte histórico de los pueblos, sin que éstos tengan mucha conciencia de ello. Son pueblos sin perspectivas ni experiencias ni capacidad operativa en la realidad histórica. Su situación se resuelve fuera de ellos mismos, naturalmente con la complicidad económica, religiosa, científica y cultural de muchos que viven en ellos.

5. HISTORIOGRAFÍA GENERAL Y ESPECIAL

Hemos dicho que la historiografía presenta una fuerte dosis de abstracción y simplificación. Se vuelve más abstracta aún cuando se elaboran historiografías especiales, de la economía, las ideas políticas y sociales, las filosóficas, las científicas o las morales. Si estas historiografías pierden de vista la historia general, la realidad histórica con todos sus contenidos, se vuelven unilaterales. Los historiadores piensan entonces que las ideas provienen o emergen de las ideas. Las económicas de las económicas y así con las demás. Pierden así de vista la interrelación que poseen las ideas con los demás aspectos de la realidad histórica. Las distintas facetas o contenidos del curso histórico se manifiestan estrechamente vinculados entre sí, actúan unos sobre otros, y no es posible separar uno de esos aspectos de la realidad total sin caer en abstracción. Las historiografías especiales corren ese peligro.

Es lo que ocurre a ciertas historias en el pensamiento filosófico, desgajado del proceso general de la historia. Es lo que le puede ocurrir a la historia del pensamiento filosófico argentino, si se desvincula este aspecto de la historia general argentina. Tal historia hay que elaborarla poniendo en interrelación las ideas filosóficas con el proceso económico, político, social, jurídico, científico, técnico y cultural del país. Claro está que una tarea semejante resulta difícil y es un ideal difícil de alcanzar para el historiador de la filosofía. Pero lo alcance o no, tiene que orientar su labor, si quiere realizar una labor seria.

6. PAPEL DE LAS IDEAS EN EL PROCESO HISTÓRICO

Las ideas desempeñan un papel importante en la realidad histórica. No constituyen, por cierto, el único poder o energía que hace pasar la posibilidad de los acontecimientos a su realización. Valdría tanto como decir que el curso histórico tiene a las ideas como único principio animador. Pero tampoco se puede afirmar que las ideas no tienen ninguna intervención o que su papel es secundario. En este caso el proceso histórico sería impersonal, inconsciente, automático. Las ideas iluminan el curso de la historia, son su autoconciencia. A fuerza de pensar el pensamiento consigue descubrir las tendencias y las posibilidades de la situación histórica y las posibilidades de actuar con eficacia en la realidad histórica concreta. Hombres de acción son precisamente los que tienen esa comprensión de los asuntos de la convivencia entre los hombres, de un pueblo o de una generación. No los que cultivan la retórica de la acción, pero en el fondo no hacen nada efectivamente histórico, aunque tengan habilidad para vivir parasitariamente en el seno de los pueblos.

Las ideas que iluminan el curso de la historia nacen de la propia realidad histórica. Una vez que adquieren cierta objetividad reaccionan a su vez sobre la realidad histórica, en una actividad de ida y vuelta, en una circularidad que los franceses llaman "recochet". Las ideas se convierten en ideales. Estos ideales también reaccionan sobre la realidad histórica. Pensemos en los ideales políticos, o económicos, o sociales, o religiosos y su influencia operativa sobre el curso histórico.

Entre el proceso histórico y las ideas hay estas fases o momentos: 1) sordo impulso histórico; 2) creencia dinámica; 3) voluntad con pensamiento; 4) selección reguladora de acciones para que emerjan nuevos acontecimientos o realidades históricas.

La libertad es brújula en el curso de la historia, pero no tiene que ir contra la realidad histórica. Ha habido momentos de la realidad histórica en que la libertad ha incendiado la realidad que le ha dado origen, como ocurrió en la Revolución Francesa. La historicidad de la existencia humana no se concibe sin la libertad. Pero la libertad eficaz, no la simple indeterminación, es la que en la acción toma en cuenta las posibilidades heredadas del pasado en la realidad histórica. De lo contrario no hay una acertada selección de los actos requeridos por la situación histórica, por el estado de los asuntos, y la voluntad se esteriliza porque no llega a concretar

nuevas realizaciones. O bien puede ocurrir que la libertad, que surge de la historicidad humana, incendia y destruye la realidad histórica en que tiene que actuar, lo cual significa el aniquilamiento de la misma fuente de donde emergen las ideas. Es el caso de las revoluciones destructoras de vidas e instituciones.

Hay que señalar que las ideas sufren un proceso de petrificación pragmática cuanto toman entidad propia en el proceso histórico. Por cierto, nacen por un esfuerzo penoso de pensar. Pero una vez pensada por sus pensadores se convierten en "útiles" para la praxis de los hombres. El agua, por decirlo así, se convierte en hielo. Ganan en eficiencia pragmática lo que pierden en vitalidad y amplitud.

Por lo común son las personalidades verdaderas (no los "personajes", que por lo general aprovechan lo que piensan y crean aquéllas) las que descubren las tendencias históricas de su época, su pueblo, su generación o su situación concretas. La originalidad colectiva se funda en la historicidad de la existencia humana y en la libertad, que son consustanciales a todos los hombres. Los "personajes", vidas inauténticas, ni cortos ni perezosos, pretenden hacer pasar como propia la originalidad colectiva, apropiándose de sus creaciones y realizaciones. Constituyen una verdadera plaga para los pueblos.

Por fin, hay que mencionar la originalidad que tiene su origen en horizontes históricos, en experiencias y pueblos foráneos. La originalidad foránea suele influir catalizadamente, precipitando la realización de posibilidades virtuales, sea en la formación de nuevas instituciones, sea en los usos y costumbres, en la legislación, en la ciencia, en las artes y la técnica.

Las realizaciones originales personales, colectivas y foráneas forman una coalescencia que hace difícil el análisis historiográfico.

7. HISTORIOGRAFÍA EXTERNA E HISTORIOGRAFÍA CRÍTICA

La ciencia histórica o historiografía es posible gracias a la historicidad de la vida humana. En realidad todas las ciencias son posibles porque la vida humana tiene apertura hacia la realidad y esa apertura es posible por la libertad y ésta es un carácter de la historicidad humana. Pero la historiografía es histórica en un doble sentido. En el ya indicado, porque se funda en la historicidad de la existencia humana, y en el sentido de que investiga y hace objeto de su estudio a la realidad histórica. Por cierto no todos los hombres

aunque participen de la historicidad por su naturaleza y vivan históricamente, hacen de hecho ciencia histórica o historiografía. Y hasta ocurre que muchas veces hay realidad histórica sin que haya historiografía.

La posibilidad de que el historiador descienda del presente al pasado *sido* radica precisamente en la historicidad propia del investigador. Dejando de lado la cuestión de si es posible la historiografía como ciencia de la realidad histórica presente, lo cierto es que aquélla tematiza preferentemente la realidad histórica transcurrida. El contenido de ésta son los acontecimientos y sucesos históricos. Ellos son, como queda dicho, singulares. Pero el historiador no cuenta con su realidad efectiva (ya *sida*), sino con las fuentes o huellas de los mismos: monumentos, documentos, vestigios. Si bien fueron realidad singular y concreta, el historiador ha de investigar o dessembozar la posibilidad que hizo posible los sucesos y acontecimientos. El estudio de la posibilidad y del paso de ella a la realidad concreta es de carácter universal, mientras que los acaeceres son singulares y efectivos. Tal universalidad del conocimiento historiográfico nada tiene que ver con la de las leyes de las ciencias fácticas de la naturaleza. Con otras palabras: el destino individual de los hombres del pasado, el destino colectivo de los pueblos en ciertas situaciones o la de su mundo histórico, ya no son realidades efectivas para el historiador. Lo que sí puede estudiar es cómo han sido posibles esas realidades históricas, cómo los acontecimientos llegaron a ser realidades históricas.

Hay una historiografía general externa: la crónica, la narración, la descripción de útiles, de obras, de objetos culturales, de ideas. La teoría de la ciencia histórica distingue tres formas de historiografía: la monumental, la anticuaría y la crítica. En el fondo todas ellas se fundan en la historicidad de la existencia humana. Naturalmente la ciencia histórica requiere una fuerte dosis crítica.

Si en la historiografía general la crítica es la más científica y penetrante, lo propio ocurre en la historiografía de las ideas. Aquí el carácter externo se presenta como glosa de doctrinas, biografías superficiales de pensadores, erudición de datos e información sin espíritu crítico, ausencia del sentido de los problemas y del carácter de desarrollo y proceso de los mismos y sus soluciones a través del curso histórico. Se cae así en una especie de fichología espiritual, que no nos da el cañamazo de la historia ni sus hilos invisibles. A lo sumo se logran monografías estáticas.

Una historia del pensamiento filosófico argentino no habrá de perder de vista la relación e interrelación de las ideas filosóficas con la realidad histórica general. Las ideas filosóficas son una faceta de la realidad histórica total. Por ello tendrá que ser eminentemente crítica. Los historiadores que no poseen cultura filosófica, se mueven entre supuestos inconcientes. Ven la hora, pero no sospechan la marcha del reloj. Oyen el órgano, pero no conocen la selva de tubos, y si entran en esa selva, se pierden. Y ya hemos dicho que no siempre los protagonistas tienen plena conciencia del curso histórico. Paradójicamente podríamos decir que a veces la realidad histórica es más inteligente que sus mismos actores.

C. PROBLEMAS DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO ARGENTINO

El tercer grupo de problemas que hemos acotado en la historia del pensamiento argentino, es el alcance y la significación del pensamiento filosófico. Las dificultades principales son las que siguen.

1. ¿QUÉ ES PENSAR FILOSÓFICAMENTE?

Para contestar a este problema es preciso hacer algunas distinciones. Pensar es comprender e interpretar la realidad. Esa comprensión e interpretación la realiza el pensamiento, el *logos* que decían los griegos. La comprensión o captación del intelecto intuitivo la realiza el *nous*, capacidad de comprensión inmediata del mundo histórico o de los entes y las cosas. Tal comprensión es anterior a cualquier formulación o expresión lógica (concepto, juicio, raciocinio). La interpretación de la realidad se realiza por medio de las funciones lógicas, juicio, concepto, raciocinio. Esta actividad interpretativa supone o presupone la comprensión. Para pensar los entes y las cosas es previa la intuición del ser de los mismos, del mundo en que se presentan. Cuando se trata de la interpretación historiográfica de los sucesos o acontecimientos, hay que comprender antes el mundo histórico en que aquéllos se presentan. De lo contrario no tienen sentido ni significación histórica.

Claro está que la tarea de la mente (*nous*) y el entendimiento (*lógos*) suponen el conocimiento de los sentidos: las percepciones, las imágenes, las representaciones sensibles. Esta doble ladera del conocimiento hace que hayan dos aspectos en él: uno receptivo de los datos e impresiones de la realidad a través de los sentidos y otro,

de actividad e iniciativa del pensar. Pero en la misma actividad del *nous* y el *logos*, hay que convenir que existen estos dos aspectos de pasividad y actividad. Cuando se recibe el contenido inteligible envuelto en la percepción de lo real, el pensamiento es pasivo. Pero para recibir ese contenido necesita realizar a la vez una actividad. Para captar las trazas inteligibles de las cosas y los seres es preciso *pensar*. Es iniciativa nuestra.

Además de la comprensión y la interpretación de la realidad del mundo, de los entes y las cosas, tal como las realizan las ciencias fácticas de la naturaleza, están la comprensión y la interpretación de la realidad histórica, que tiene su origen en la historicidad de la vida humana. También aquí se requiere una comprensión intuitiva, anterior al pensamiento lógico, o historiográfico, del mundo histórico a que pertenecen o donde emergen los sucesos históricos que se investigan. Es a través del *logos* en sentido amplio por donde se produce la apertura de la existencia humana a la comprensión e interpretación de la realidad histórica. La ciencia histórica es una ciencia fáctica, pero no de los hechos, entes y seres que emergen de la naturaleza, sino de los acontecimientos históricos producidos por los hombres, acaeceres que emergen en el mundo histórico porque la vida humana es histórica en su raíz. No es una ciencia fáctica o de hechos que brotan de la *physis*, sino de los sucesos o realidades que emergen de la historicidad y la libertad humana.

La historiografía del pensamiento filosófico es una historiografía especial, que indaga lo que ha hecho posible las ideas filosóficas en un mundo histórico determinado, en una época, en un pueblo, en una generación o en la existencia concreta de un filósofo. Esto nos lleva a otra dificultad.

2. LAS IDEAS COMO ACONTECIMIENTOS HISTÓRICOS

Las ideas —lo hemos dicho— emergen de la actividad de pensar de los hombres y la actividad de pensar se realiza en contacto con las cosas y los seres del mundo (*physis*) y en la coexistencia con los demás hombres, lo cual da lugar al mundo histórico. La realidad histórica no es nunca automática, porque si fuese así no necesitaría de hombres ni grandes ni chicos, ni la historiografía precisaría de archivos. Las ideas, como todo lo que hace y crea la vida humana, surge de la historicidad propia de los hombres.

La situación histórica de un momento determinado está representada por el estado de cosas y de los asuntos humanos, políticos, económicos, jurídicos, científicos, sociales, morales, técnicos, culturales. Tal estado de cosas constituye el *pragma*, esto es el estado de cosas que resulta del trato de los hombres entre sí y con el mundo natural e histórico. Se trata de una realidad con la que ha de contar la vida humana para sus nuevas realizaciones. La situación histórica es un entretejido de posibilidades y de imposibilidades históricas. Las realizaciones históricas originales, en cualquier aspecto de la realidad histórica que consideremos, han de tomarlas en cuenta. Aún los proyectos y programas orientados hacia el futuro no las pueden perder de vista, a menos de caer en utopías y divagaciones.

El *pragma* histórico de una época, de una generación, no sólo está formado por los sucesos económicos, los útiles, las obras, la cultura, la civilización, sino también por las ideas, entendiendo éstas en un sentido amplio, que comprende las doctrinas científicas, los conocimientos técnicos, el pensamiento filosófico, las creencias religiosas. Las ideas también integran el cañamazo de la realidad histórica. Toda novedad y paso adelante en este campo habrá de tener en cuenta las posibilidades de la situación histórica o el nivel alcanzado en un momento determinado. Los inventos técnicos, las nuevas doctrinas físicas, las teorías matemáticas novedosas, las nuevas concepciones filosóficas, las legislaciones, las renovaciones religiosas están condicionadas por el *pragma* histórico, por el estado de las cosas. La libertad de pensar y de iniciativa no es indeterminada. Se mueve entre posibilidades heredadas del pasado y por entre las cuales han de emerger las nuevas ideas.

El nacimiento histórico de las ideas, cualquiera sea su índole, está sometido a las mismas exigencias de los sucesos y acontecimientos históricos. Para que lleguen a la realidad histórica es preciso que antes hayan sido posibles. La emergencia histórica de nuevas ideas y doctrinas constituyen en el fondo acontecimientos y sucesos históricos. Basta recordar cualquiera de las doctrinas en el campo de la ciencia física en su desarrollo histórico, para darse cuenta que la teoría de Newton, o la de Einstein, o la de Planck, son acontecimientos históricos, tanto como el arribo del hombre a la luna, la invención de los motores Diesel, o las sangrientas guerras que siempre han assolado a la humanidad.

Las doctrinas filosóficas no escapan a estas consideraciones. La filosofía se constituyó entre los griegos y a partir de ellos se vuelven

a constituir permanentemente con cada filósofo. Quercmos decir que se constituyó históricamente. La filosofía ha aparecido en el siglo VII con los jonios. Y en el curso de la historia las nuevas doctrinas filosóficas, que han resuelto problemas pendientes en las precedentes, han emergido de las posibilidades dejadas por la historia de la filosofía. Tampoco en filosofía la capacidad de pensar originario es ilimitada o puramente indeterminada. Surgen en un mundo histórico concreto y dentro de él constituyen sucesos o acontecimientos históricos. ¿Quién podrá dudar que las doctrinas filosóficas de Platón o Aristóteles en el mundo griego, o las de Descartes, Leibnitz o Kant en la época moderna, o las de Hegel, Comte o Nietzsche en el siglo XIX, o las de Ortega y Gasset, Husserl y Heidegger en el nuestro constituyen verdaderos sucesos históricos?

3. FILOSOFÍA Y CONCEPCIÓN DEL MUNDO

La historia del pensamiento filosófico argentino exige la distinción entre filosofía y concepción del mundo. Esta distinción viene pedida por razones históricas. Ha habido épocas de la historia argentina, durante buena parte del siglo XIX, en que a causa de las guerras civiles, más que con filosofía se contaba con las concepciones del mundo de nuestros próceres y las del pueblo. No hay que olvidar que en el Río de la Plata recién en 1773, y se lo reconoce como colegio real en 1783, se funda el Colegio de San Carlos, donde se daba enseñanza filosófica. El otro centro de enseñanza filosófica fue la Universidad de Córdoba, fundada en 1614. Fuera de la enseñanza filosófica de esos centros y de algunos más establecidos en Salta, Catamarca, Mendoza, Santiago del Estero, no hubieron otros de actuación permanente. En Buenos Aires la educación filosófica reaparece con el Colegio de la Unión del Sur (1818), el Colegio de Ciencias Morales (1823) y reaparece esa enseñanza en el Departamento de la Universidad de Buenos Aires (1822). Después hay que esperar a la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires, en 1895.

La historia del pensamiento filosófico argentino habrá de estudiar no sólo la filosofía estrictamente tal, sino también las concepciones del mundo que han animado la acción de los próceres civiles. Estos contaban para fundar su *praxis* con ideas que, si no tenían un desarrollo exclusivamente teórico, servían para dar significación y sentido a la actuación de los mismos. Tomando un pen-

samiento de Bergson se podría decir que pensaban como hombres de acción y actuaban como hombres de pensamiento.

Quizás no sea ocioso decir qué sea la concepción del mundo. *Weltanschauung* es un vocablo alemán que significa precisamente concepción del mundo. Podemos decir que consiste en un sistema o conjunto de creencias que mueven la voluntad de los hombres. A modo ilustrativo se puede recordar *Mi credo filosófico* de Florentino Ameghino. No sólo componen las concepciones del mundo ingredientes racionales o científicos, sino también creencias de carácter activo y escatológico. Como la vida es perentoria y la filosofía y la ciencia no siempre llegan a tiempo para dar una teoría de la realidad, los hombres elaboran concepciones del mundo de mayor o menor interés especulativo.

Las *Weltanschauungen* tienen un origen empírico-existencial, pragmático y racional. La etiología de las concepciones del mundo puede contener elementos teúricos, biológicos, psicológicos, sociales y existenciales, por cierto que los primeros siempre a través de la vida humana. Lo común es que una parte o el conocimiento de una parte de la realidad traten de interpretar toda la realidad. En ese sentido la *Weltanschauung* es una simédoque metafísica, aplica el nombre de la parte al todo o a la inversa. Con un fragmento o segmento trata de interpretar un círculo de radio infinito.

La concepción del mundo tiene carácter dinámico y valor práctico. Los que viven dentro de ella no la conocen y dominan por dentro. La creencia dinámica es libre en los medios, pero no en los fines. Por eso aquéllos parecen autómatas espirituales, por decirlo así. No tiene la *Weltanschauung*, en su variedad de mayor o menor jerarquía, que puede ir desde la del viejo Viscacha hasta la de Goethe, no tiene rigor lógico, pero no por ello deja de estar cargada de filosofía. La verdad es que con frecuencia tan sublime vaguedad ha tenido más eficacia histórica que las más rigurosas doctrinas tenidas por exactas. Todo ello prueba la universalidad de las formas filosóficas en forma de creencias, globales y dogmáticas, y precisamente porque poseen esos sesgos animan la acción y la vida práctica de los hombres, seguramente desde que la humanidad comenzó a despertar.

Hay quienes prefieren hablar de *Weltbild* o cosmovisión. El término sabe a una interpretación exclusivamente física o cosmológica, en lugar de poner el acento en la parte espiritual. Para una historia del pensamiento filosófico argentino, conviene atenerse a

la concepción del mundo o, lisa y llanamente, y con una expresión más modesta, al "credo filosófico". Recordemos en este sentido las "Palabras simbólicas" de la Asociación "La joven argentina", redactadas por Esteban Echeverría en 1837. Hablamos de credo filosófico porque se trata fundamentalmente de una adhesión apasionada y dinámica de la personalidad a una actitud metafísica. Se trata, en suma, de una filosofía más vivida que sabida y más aprendida que reflexionada, una intuición general del mundo con referencia especial al sentido y valor de la existencia humana.

La historia del pensamiento filosófico argentino tiene que abarcar el estudio de la filosofía propiamente dicha y las concepciones del mundo que se han sucedido en el pasado intelectual del país. Durante el siglo XIX, en la época de las guerras civiles, no ya la filosofía sino hasta la misma enseñanza y educación filosófica tropezaron con serios inconvenientes. Pensemos en los avatares que sufrió el Colegio San Carlos, el de la Unión del Sud, el de Ciencias Morales y el Departamento Preparatorio de la Universidad de Buenos Aires.

4. HISTORIA DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO ARGENTINO

En la elaboración de una historia del pensamiento argentino hay que tener en cuenta, además de lo supradicho, la situación de los estudios filosóficos en los principales centros de enseñanza. En las universidades del período español y aún en buena parte del período independiente, los estudios filosóficos tuvieron un carácter preparatorio de los teológicos. Queremos decir que la filosofía era "ancilla theologiae". Se trataba de conseguir la preparación filosófica por cierto de índole escolástica, necesaria para la formación de sacerdotes. Esta situación de la filosofía se observa en las Universidades de Córdoba y San Felipe, en el Colegio de San Carlos y en general en las universidades durante el período hispánico. El mundo histórico de la época estaba fuertemente teñido por los valores religiosos.

Con la fundación de la Universidad de Buenos Aires, la filosofía conserva ese papel preparatorio, no tan sólo de sacerdotes, sino de médicos, abogados e ingenieros. Esta situación se prolonga hasta 1895, cuando se funda la Facultad de Filosofía y Letras. Si bien esta facultad estaba destinada a la formación de profesores y doctores en filosofía, y en este sentido no tiene la filosofía el carácter preparatorio que presentaba anteriormente, ocurre que durante esa

época de predominio de la filosofía positivista, la filosofía se convierte en una "ancillae scientiae" y esta situación se prolonga también durante el predominio del cientificismo, hasta 1920, para fijar una fecha, cuando se imponen las tendencias del idealismo y el vitalismo filosóficos y con ellos la independencia de la filosofía. A partir de entonces no se trata de negar las relaciones de la filosofía con la teología y la ciencia, sino de afirmar que la filosofía tiene su horizonte propio de investigación y búsqueda. En todo caso, de lo que se trata es de la convivencia de estas tres esferas del saber.

El hecho de que la filosofía haya tenido en la Argentina una situación de subordinada de la teología y la ciencia, no significa que no haya existido o que no deba estudiársela históricamente. Por lo demás, tampoco hay que olvidar que en la vida de los pueblos hay siempre un fondo axiológico y valorativo que emerge de su tradición y pasado históricos. Existe una axiología colectiva, como que existe una tradición y un pasado históricos colectivos enraizados en la coexistencia y convivencia *sida* o transcurrida. También es tarea de la historia del pensamiento argentino estudiarla y sacarla a luz, porque forma parte de la experiencia histórica.

Naturalmente, para elaborar la historia a que nos referimos es preciso estar al tanto del desarrollo histórico de la filosofía desde su aparición entre los griegos. El pensamiento filosófico argentino es una inflexión particular de la filosofía occidental. Hay que estar en el pensamiento europeo y a la vez acá. Ello hace dificultosa la tarea. Por otra parte, en el estudio de esas vinculaciones no hay que buscar únicamente lo genérico, las identidades con el pensamiento europeo, sino también las variantes, las novedades, los aspectos de originalidad. Conviene decir, además, que hay que distinguir entre la educación o cultura filosófica, cuya historia hay que seguir a través de los centros destinados a esas tareas, sus profesores, textos, alumnos, etc. y el pensamiento propiamente filosófico, la meditación original, aunque ésta se manifieste no en escritos extensos, sino en pocas páginas. Lo que importa en este caso es el pensamiento filosófico estrictamente tal.

Las dificultades son notables en la investigación de las concepciones del mundo. Porque ocurre que en ellas intervienen distintos elementos, de origen diferente como hemos asentado (creencias, intereses, conocimientos científicos, sentimientos, fantasías), de todo lo cual resulta una síntesis espiritual. Sería un error atribuir a la síntesis los rasgos de los elementos que la componen. El análisis y

reconstrucción resulta difícil para el historiador de las ideas filosóficas. No hay que olvidar que se trata de síntesis espirituales. Lo propio ocurre con las doctrinas filosóficas, que en el pensamiento argentino adquieren igualmente un carácter sintético de doctrinas que en Europa aparecen separadas y cultivadas unilateralmente. Nuestros pensadores en general, se caracterizan con frecuencia por esta labor integradora, que no hay que interpretar simplemente como síntesis ecléctica, sino como una síntesis en un nivel superior a los elementos que la componen.

Una vez explicadas en las páginas anteriores las dificultades de la historiografía de las ideas filosóficas, con referencia a las argentinas, conviene conocer los trabajos donde se ha estudiado el pasado intelectual del país, los criterios que han empleado sus autores y los resultados que han logrado. Pero esta tarea requiere otras páginas.

BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL

PLATÓN, *Menón*.

HEGEL: *Lecciones de Historia de la filosofía*. Tomo I. Edic. Revista de Occidente. Buenos Aires, 1946.

SCHOPENHAUER: *El mundo como voluntad y representación*. Cap. XXXVIII. Edic. cast. de E. Ovejero. Biblioteca Nueva. Buenos Aires, 1942.

EDUARD ZELLER: *Compendio de historia de la filosofía griega*. Introducción. Edic. Valechhi, Firenze, Italia.

ZELLER-MENDOLFO: *La filosofía dei Greci nel sue sviluppo storico*. Vol I, cap. I, cap. primo. Firenze (Italia, 321.

JACOBO BURCKHARD: *Reflexiones sobre la historia universal*. Cap. I. Edic. Fondo de Cultura Económica, México, 1943.

WILHELM DILTHEY: *El mundo histórico*. Segunda parte. Edic. Fondo de Cultura Económica. México, 1944.

BENEDETTO CROCE: *Teoría e storia della storiografia*. Cap. I y VII. Edic. Laterza, Bari, 1927.

RODOLFO HEIDEGGER: *Ser y tiempo*. Segunda sección. Cap. V. Edición Fondo de Cultura Económica, México, 1951.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *En torno a Galileo*. Obras completas. Tomo V, Edic. Revista de Occidente, Madrid, 1956.

- XAVIER ZUBIRI: *Naturaleza, Historia, Dios*. Editora Nacional. Madrid, 1951.
- MANUEL GARCÍA MORENTE: *Ideas para una filosofía de la historia*. Edic. Riakp. Madrid, 1957.
- EMILIO BETTI: *Teoria generale della interpretazione*. 2 vols. Edic. Giuffré. Milano, 1955.
- E. CASTELLI: *I presupposti di una teologia della storia*. Edic. Cedam. Padova, Italia, 1968.
- WALTER BRÜNING: *La filosofía de la historia en la actualidad*. Edic. de la Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, 1961.